

Economía Moral

Julio Boltvinik

A pesar del triunfalismo peñanietista, la elección no está decidida Casas encuestadoras, la comentocracia y el PRI aseguran que EPN ya ganó

Según Milenio (28/06/12), Roy Campos (Consulta Mitofsky) dijo que es más fácil que AMLO se saque la lotería a que gane la Presidencia de la República. Es ésta la expresión más burda del triunfalismo de la casa encuestadora que trabaja para Televisa, fabricante principal de la imagen de Peña Nieto como el seguro ganador de la elección. En 2006 uno de los doctores en física que analizaron los datos electorales dijo que la probabilidad de ocurrencia de la evolución de los datos del PREP era menor que el de que un número saliera premiado dos veces seguidas en la lotería nacional. El científico mexicano sabe de lo que está hablando; en mi opinión Campos no lo sabe. Más de la mitad de los votantes probables piensa hoy que Calderón *no ganó las elecciones del 2006*. Sin embargo, el Presidente del IFE asegura que el fraude electoral es imposible. El libro de Héctor Díaz-Polanco (*La cocina del diablo. El fraude de 2006 y los intelectuales*, Planeta, 2012) reúne muchas evidencias sobre el fraude, tanto cibernético como a la antigua. Hubo fraude en 2006 lo que prueba que el fraude sí es posible. Además, como han señalado Lorenzo Meyer y Sergio Aguayo, la historia política mexicana está llena de fraudes: Madero, Almazán, Henríquez Guzmán, Cuauhtémoc Cárdenas y AMLO son sus víctimas más conocidas en los siglos XX y XXI, pero las elecciones fraudulentas estuvieron presentes desde el siglo XIX.

La larga lucha por quitarle al gobierno el control de las elecciones, que culminó en el IFE contemporáneo, y la alternancia electoral del 2000, bajo la égida de éste, nos hicieron creer a los mexicanos que habíamos llegado al mundo de las elecciones limpias, legítimas y transparentes. Pero esta ilusión se desvaneció en 2006. El IFE es una institución regida, como todas, por personas de carne y hueso; los integrantes de su Consejo General (CG) son nombrados por la Cámara de Diputados. Después del 2000 los partidos políticos se dieron cuenta que el IFE era muy importante y se lanzaron a la lucha por controlarlo, lo que se evidenció

cuando Elba Esther Gordillo, coordinadora de la fracción del PRI al comienzo de la legislatura 2003-2006, impuso el nombramiento de un buen número de consejeros ciudadanos y del Presidente del CG: Ugalde. Ahí nos percatamos del dilema casi irresoluble de los órganos autónomos: el poder ejecutivo o el legislativo tiene que nombrar a sus integrantes, lo que hace muy difícil evitar que éstos lleven el sello (y el sesgo) de un partido político. Mientras más mediocres y desconocidos sean los nombrados más deberán a sus padrinos políticos su nombramiento y más tendrán que cuidar los intereses del padrino.

Las elecciones son la manera pacífica de resolver los conflictos de intereses entre diferentes clases, estratos y segmentos de la sociedad; lo que está en juego en ellas es mucho y afecta a todos. Para Televisa se trata de mantener su (cuasi monopolio) televisivo que le permite controlar las mentes (los valores y las aspiraciones) del 80% de la población que se informan de lo que pasa en el país por la TV, y disputar el dominio de Slim en telefonía e internet. Para los 93 millones de pobres de este país (los que más dependen de la TV abierta) se trata de sobrevivir dignamente. Para estudiantes y profesores universitarios, artistas e intelectuales, que están casi unánimemente contra Peña Nieto, se trata de impedir la sustitución del *dedazo* por el *tele-dedazo* y el retorno al autoritarismo represivo. También, para la inmensa mayoría de ellos y ellas, se trata de impulsar la única candidatura defendible, la de AMLO, como lo demuestran las manifestaciones anti-Peña y anti-Televisa del #yo soy 132 y los simulacros electorales en múltiples instituciones de educación superior, en las que ha arrasado AMLO (casi siempre con más del 80% de las preferencias). Las capas pensantes de la población están abrumadoramente con AMLO. Los sectores populares concientizados también están con él, lo cual es muy visible en el DF. Un pequeño cartelón rústico en el cierre del miércoles lo expresaba así: "Somos pobres, no pendejos". Y en el anverso decía: "No vine aquí por mi despensa. Vine por mis huevos". En otras partes del país los estratos populares no tienen este nivel de conciencia y la TV es su guía única. Hay evidencias de que una parte de la intención del voto por EPN está motivado por los regalos del PRI: muchos mexicanos venderán su voto. El

PRI está comprando masivamente votos como lo muestran los hallazgos sobre la empresa Monex (*La Jornada*, 28/06/12, p.3).

Aunque casi todas las encuestas ubican a Peña Nieto arriba en las preferencias electorales, *las encuestas no son (ni pueden ser) predictores científicos de la votación*, porque: a) quien levanta encuestas selecciona una muestra de viviendas para entrevistar personas, mientras en las elecciones son las personas las que deciden si votan o no, por lo cual la muestra de personas entrevistadas en las encuestas y los votantes efectivos no pueden coincidir (véase gráfica). La tasa de participación (% de la lista nominal del IFE que votó) en elecciones presidenciales ha sido casi siempre menor al 60%. Por tanto, de los entrevistados en cualquier encuesta, alrededor del 40% no irá a votar. Como las opiniones de quienes no votan no cuentan, habría que desechar el 40% de las entrevistas. El problema es que las encuestas, aunque pueden tratar de acercarse (la mayoría ni siquiera lo intenta) no pueden predecir cuál es el 40% que no irá a votar. En las que sí lo intentan, preguntando si va ir a votar, la tasa de participación resulta muy por arriba de la observada, por lo que algunas añaden una segunda pregunta sobre qué tan segura está la persona de ir a votar. Las encuestas que han estado en la cargada a favor de Peña Nieto publican resultados que se refieren a todos los entrevistados, incluyendo, por tanto, a los que dijeron que no van ir a votar. b) Una proporción (20 a 35%) de las personas se niegan a ser entrevistadas. Es muy probable que los rechazantes tengan miedo o desconfianza y que sus preferencias electorales sean diferentes a las de quienes aceptan la entrevista (véase gráfica). c) Una proporción variable (de alrededor de 20%) no elige ningún candidato: no ha decidido su voto, lo va anular o no contesta. Al combinar todos los elementos anteriores, tenemos que del 60% que sí va ir a votar, alrededor del 25% rechaza ser entrevistado, por lo cual nos quedamos con sólo el 45% (75% del 60%) del padrón de votantes (lista nominal) que acepta ser entrevistado, pero de ellos 20% no dice por quien piensa votar, por lo que terminamos con información sobre la intención de voto de sólo el 36% (80% del 45%) de la LN. Con información muestral referida a poco más de un tercio de la población es evidente que no

podemos predecir la votación del próximo domingo. Incluso sin tomar en cuenta que muchos entrevistados pueden dar una respuesta distinta a lo que piensan por miedo. La presidencia no está decidida. La decidiremos quienes libremente votemos el 1° de julio. Está en juego el destino nacional. Mi voto será por AMLO.

<http://www.julioboltvinik.org/>; jbolt@colmex.mx